LAS CUATRO JORNADAS
DE
JUAN GOURDON

I.

PRIMAVERA.

Aquella mañana, á eso de las cinco, el sol entró con brusco alborozo en el cuartito donde dormía en casa de mi tío Lázaro, párroco del lugarejo de Dourgues. Una ancha ráfaga amarilla cayó sobre mis párpados cerrados, y al despertarme, me encontré en plena luz.

Mi habitación, blanqueada con cal, adornada con muebles de madera blanca, era muy alegre. Me asomé á la ventana, y vi el Durance, que corría tranquilo y apacible en medio del negro verdor del valle. Soplos frescos me acariciaban el rostro; los murmullos del rio y de los árboles parecían llamarme.

Abrí la puerta suavemente. Necesitaba, para salir, atravesar la habitación de mi tio. Me adelanté sobre la punta de los pies, temiendo que el ruido de mis gruesos zapatos no despertase al digno varón, que dormía aún con el rostro sonriente, y temblaba al

pensar que la campana de la iglesia podía tocar el *Angelus*. Mi tío Lázaro, desde hacía algún tiempo, seguíame por todas partes con aire triste y enojado. Me habría quizá impedido ir allá abajo á la orilla del río, á ocultarme entre los sauces y acechar al paso á Babet, la joven alta, morena que había nacido para mí con la nueva primavera.

Pero mi tío dormía con sueño profundo. Tuve como remordimientos de engañarle y escaparme de aquel modo. Me detuve un momento á contemplar su semblante, que el reposo tornaba más dulce. Me acordé con enternecimiento del día en que fué á buscarme á la casa que dejaba fría y desamparada el cadáver de mi madre. Desde entonces, ¡cuánto cariño, cuánta abnegación, qué de sabios consejos!

Me había dado su ciencia y su bondad, toda su inteligencia y todo su corazón.

Estuve tentado á gritarle:

—¡Levántese V., tío Lázaro! Vamos á dar juntos un paseito por la alameda que tanto le gusta, á la orilla del Durance. El aire fresco y el sol naciente le rejuvenecerán á V. ¡Verá V. qué valiente apetito hay á la vuelta!

Mas, ¿y Babet, que iba á bajar al río? No podría esperarla; no podría ver sus sayas claras. Mi tío estaría á mi lado; tendría que bajar los ojos. ¡Se debía estar tan bien á la sombrade los sauces, echado boca abajo, sobre la fina hierba! A este pensamiento se

apoderó de mí dulce languidez, y lentamente, paso á paso, reteniendo el aliento, gané la puerta. Bajé la escalera, salí al campo, y eché á correr como un loco, aspirando el aire tibio de la alegre mañana de Mayo.

El cielo estaba blanco en el horizonte, con tintas de azul rosa de delicadeza exquisita. El sol, palido, semejaba una gran lámpara de plata, cuyos rayos caían en el Durance como un chaparron de luces. Y el río, ancho y apacible, extendiéndose con pereza sobre la arena roja, iba de un extremo á otro del valle, como una sábana de metal en fusión. En el ocaso, una línea de colinas bajas y puntiagudas figuraba sobre la palidez del cielo ligerasmanchas violáceas.

Hacía diez años que vivía en aquel rincón delicioso. ¡Cuántas veces me había esperado mi tío Lázaro para tomarme la lección de latín! El buen hombre quería que fuese un sabio.-Yo, mientras tanto, estaba al otro lado del Durance, persiguiendo las picazas, explorando un ribazo al cual aún no había subido. A la vuelta eran las reconvenciones: el latín había sido olvidado; mi pobre tío me reñía porque llevaba los pantalones rotos, estremeciéndose si por debajo veía la piel acardenalada. El valle era mío, completamente mío; lo había conquistado con mis piernas; era su verdadero propietario por derecho de amistad; y aquel pedazo de río, aquellas dos leguas de

terreno, ¡cómo las amaba; qué bien nos entendíamos! Conocía todos los caprichos de mi querido tío, sus cóleras, sus gracias, su distinta faz á cada hora del día.

Aquella mañana, al llegar á la orilla del agua, tuve como un deslumbramiento al verla tan tranquila y tan blanca. Nunca me había parecido su aspecto tan risueño. Me deslicé rápidamente bajo los sauces, en un claro adonde el sol trazaba ancho círculo de luz sobre la negra hierba. Allí me eché boca abajo, con el oído atento, mirando por entre los sauces el sendero por donde debía aparecer Babet.

—¡Oh! Aún debe dormir el tío Lázaro,—pensaba yo.

Y me tendía más á la larga sobre el césped; el sol me calentaba suavemente la espalda,mientras que con el pecho, hundido en la hierba, sentía la frescura del terreno.

No había mirado nunca la hierba desde muy cerca, ni fijado los ojos en los tallitos de musgo. Esperando á Babet, curioseaba con mi mirada las matas de musgo, que me parecían realmente un mundo completo. En ellas veía calles, paseos, plazas, ciudades enteras. En el fondo distinguía una gran mancha de sombra, donde las hojas de la primavera anterior se pudrían de tristeza: después, los tallos ligeros se erguían, se estiraban, se encorvaban, figurando delicadas columnatas, naves de iglesias, bos-

ques vírgenes. Vi dos insectos pequeñísimos que se paseaban en medio de aquella inmensidad: sin duda estaban perdidos, porque iban de columna en columna, de calle en calle, con aire extraviado é inquieto.

Precisamente en aquel momento, al levantar los ojos, vi en lo alto del sendero las blancas sayas de Babet, destacándose sobre la tierra negra. Reconocí su túnica de indiana gris con florecillas azules. Me agazapé más en la hierba; oí que mi corazón golpeaba el suelo, levantando mi cuerpo con pequeñas sacudidas. Mi pecho ardía ahora, no sintiendo ya la frescura del rocío.

La joven descendía airosamente; las sayas, al rasar el suelo, tenían movimientos que me trastornaban. La veía de abajo á arriba, completamente recta, con su continente altivo y feliz. No sabía que yo estaba allí, detrás de los sauces; andaba con paso resuelto; corría sin cuidarse del viento, que levantaba una punta de su vestido; distinguía sus pies, que avanzaban de prisa, muy de prisa, y una faja de sus medias blancas del ancho de la mano, que me hacía ruborizar de una manera dulce y penosa.

¡Oh! Entonces ya no vi nada, ni el Durance, ni los sauces, ni la blancura del cielo. ¡Cómo me burlaba del valle! Ya no era mi amigo; nada me importaban su alegría ni su tristeza; despreciaba á mis camaradas los guijarros y los árboles de los ribazos. Si el río hubiese desaparecido súbitamente, sorbido por

la tierra, no sería yo quien le hubiera echado de menos.

¡Y la primavera! Para nada me acordaba de la primavera. Aunque me hubiera arrebatado el sol que me calentaba las espaldas y sus hojas, sus rayos, sus mañanas de Mayo, habría permanecido allí en éxtasis, contemplando á Babet, que bajaba por el sendero balanceando graciosamente su cuerpo; Babet había ocupado en mi corazón el lugar del valle; Babet era la primavera. Nunca nos habíamos hablado. Los dos enrojecíamos cuando nos encontrábamos en la iglesia de mi tío Lázaro. Habría jurado que me detestaba.

Conversó aquel día durante breves minutos con las lavanderas. Sus risas perladas llegaban hasta mí, juntas con la gran voz del Durance. Después se bajó para coger un poco de agua en el hueco de la mano, pero la orilla estaba alta; resbaló, y se agarró á la hierba.

No sé cómo no se me heló la sangre Me levanté bruscamente, y sin vergüenza, sin rubor, corrí cerca de la joven. Me miró asustada; luego se sonrió. Por mi parte, me incliné á riesgo de caer; logré coger agua en mi mano derecha, cuyos dedos apreté, y tendí á Babet esta nueva copa, invitándola á que bebiese.

Las lavanderas se reían; Babet, confusa, no se atrevía á aceptar; vacilaba, medio volvía la cabeza.

Al cabo se decidió, y apoyó delicadamente los labios en las puntas de mis dedos; mas había tardado mucho; toda el agua se había ido. Entonces soltó una carcajada, volvió á ser una niña, y comprendí que se burlaba de mí.

Era yo muy tonto. Me incliné de nuevo; esta vez tomé el agua en las dos manos, apresurándome á llevarlas á los labios de Babet. Bebió, y sentí el beso tibio de sus labios deslizarse á lo largo de mi brazo hasta mi pecho, que inundó de grato calor.

—¡Oh! Mi tío debe dormir aún,—dije muy bajito.

Al pronunciar estas palabras, observé una sombra negra á mi lado, y, habiéndome vuelto, vi á mi tío Lázaro en persona, que nos miraba con aire enojado á Babet y á mí. Su sotana parecía blanca al sol; leí en sus ojos censuras que me dieron ganas de llorar.

Babet pasó un gran susto. Se ruborizó, y escapó, balbuceando:

—Gracias, señor Juan, muchas gracias.

Yo, enjugándome las manos mojadas, quedé aterrado, inmóvil, delante de mi tío Lázaro.

El digno hombre, con los brazos cruzados, recogiendo una punta de su sotana, miró á Babet, que volvió á subir el sendero, corriendo, sin volver la cabeza. Después, cuando hubo desaparecido detrás de los setos, vi que se sonreía tristemente.

—Juan (me dijo): vente á la alameda grande; el desayuno no está dispuesto; tenemos media hora que perder.

Y echó á andar con paso algo pesado, evitando las matas de hierbas mojadas por el rocío; la sotana, de la cual un pico se arrastraba por los guijarros, producía pequeños ruidos sordos. Llevaba el breviario debajo del brazo; pero había olvidado su lectura de la mañana. Iba con la cabeza baja, pensativo, sin despegar los labios.

Su silencio me abrumaba. De ordinario era hablador. Mi inquietud crecía por instantes: seguramente, me había visto dar de beber á Babet. ¡Qué espectáculo, Señor! La joven riendo y ruborizándose, me besaba la punta de los dedos; yo, alzándome sobre los pies, extendía mis brazos, me inclinaba, como para abrazarla. Entonces me representé con espanto toda la audacia de mi acción. Mi timidez reapareció. Me pregunté cómo me había atrevido á hacerme besar los dedos de una manera tan dulce.

¡Y mi tío Lázaro, que iba delante de mí, sin articular palabra, sin dirigir una mirada siquiera á los viejos árboles que tanto amaba! Sin duda, me esperaba un sermón. Había lo menos para una hora. Sólo me conducía á la alameda grande para reñirme más á sus anchas. Cuando volviésemos, el desayuno estaría frío, y no podría ir otra vez bajo los sauces á recrearme pensando en el dulce calor que los labios de Babet dejaron en mis dedos.

Llegamos, por fin, á la gran alameda, que, ancha y corta, seguía el curso del río; la formaban robles enormes, de cuyos troncos hue- cos salían altas y vigorosas ramas. La fina hierba tendía un tapiz bajo los árboles, y el sol, atravesando por entre el follaje, bordaba el suelo con labores de oro. Alrededor, cerca y lejos, se extendían praderas de un tono verde subido.

Mi tío, sin volverse, sin cambiar el paso, continuó hasta el fin de la alameda. Paróse entonces, y me detuve á su lado, comprendiendo que se acercaba el momento temido.

El río torcía bruscamente; un pequeño parapeto convertía el extremo de la alameda en una especie de terraza. Esta bóveda de sombra daba sobre un valle de luz. La campiña se prolongaba delante de nosotros en muchas leguas. El sol subía al cenit; los rayos de plata de la mañana se habían trocado en lluvia de oro; una claridad deslumbradora venía del horizonte, á lo largo de los ribazos, inundando el valle con fulgores de incendio.

Después de un momento de silencio, mi tío Lázaro volvióse hacia mí.

—¡Buen Dios, el sermon!—pensé.

Y bajé la cabeza. Con ademán majestuoso, mi tío me mostró el valle; después, irguiéndose:

—Mira, Juan (me dijo con voz lenta); he aquí la primavera. La tierra está bañada en alegría, hijo mío, y te he traido aquí, enfrente de este océano de luz, para hacerte observar las primeras sonrisas de las estación naciente. ¡Ve qué brillo y qué dulzura! Suben de la llanura aromas tibios, que rozan nuestros rostros como soplos de vida.

Se calló, quedándose pensativo. Por mi parte, había levantado la frente con asombro, respirando con más holgura. Mi tío no predicaba.

—Es una hermosa mañana (prosiguió); una mañana de juventud. Tus diez y ocho años se sienten dichosos en medio de este verdor, de edad de diez y ocho días á lo más. Todo es esplendor y perfumes, ¿no es cierto? El ancho valle te parece un hogar de delicias; el río está aquí para darte su frescura; los árboles para prestarte su sombra; la campiña entera para hablarte de ternura; el cielo mismo para abarcar esos horizontes que interrogas con esperanza y deseo. La primavera pertenece á los bribonzuelos de tu edad; e la se quien enseña á los muchachos á dar de beber á las jóvenes....

Bajé de nuevo la cabeza. Resueltamente mi tío Lázaro me había visto.

—Un viejo y buen hombre como yo, sabe, por desgracia, á qué atenerse respecto á las gracias de la primavera. Yo, mi pobre Juan, amo el Durance, porque riega estas praderas y fertiliza todo el valle. Amo el tierno follaje, porque me anuncia los frutos del estío y del otoño: amo este cielo, porque es bue-

no para nosotros, porque su calor aviva la fecundidad de la tierra. Habría tenido que decirtelo un día ú otro; prefiero hacerlo hoy; la mañana convida á platicar de estas cosas. La primavera misma te ha dado la lección. La naturaleza es un inmenso taller donde no hay dias de fiesta. Mira esa flor; para ti es un perfume; para mí es un trabajo; cumple su misión, produciendo su parte de vida, su granito negro, que á su vez trabajará la primavera próxima. Y ahora interroga al vasto horizonte. Toda esta alegría no es más que un alumbramiento. Si la campiña se sonríe, es porque vuelve á empezar su eterna tarea. ¿No la oyes respirar con fuerza activa y afanosa? Las hojas suspiran, las flores se dan prisa, el trigo crece sin cesar, todas las plantas, todas las hierbas se disputan la primacía; y él agua corriente auxilia la obra común, y el sol que se eleva al gran la interminable faena de los trabajadores.

Mi tío, en este instante, me obligó á mirarle de frente. Concluyó en los siguientes términos:

—Juan, oye lo que te dice tu amiga la primavera Es la juventud; pero prepara la edad madura. Su clara sonrisa no es más que la alegría del trabajo. El estío será lozano, el otoño fecundo, porque la primavera canta ahora cumpliendo concienzudamente su misión.

Me quedé confundido. Comprendía perfectamente á mi tío Lázaro: dirigíame un bonito sermón, diciéndome que era un perezoso y que había llegado el momento de trabajar.

Mi tío parecía tan confuso como yo. Después de haber vacilado algunos instantes:

—Juan (dijo balbuceando un poco): has debido confesármelo todo.... Puesto que amas, á Babet, y Babet te ama....

—¡Babet me ama!—exclamé yo.

Mi tío hizo un gesto de impaciencia.

—¡Eh, déjame hablar! No necesito una nueva confesión; me lo ha confesado ella misma.

—¡Se lo ha confesado á V.; se lo ha confesado á V.!

—¡Oh, qué bueno es esto! (añadí.) Yo nunca le había hablado. Ella se lo ha dicho á V. en confesión, ¿no es así? Nunca me habría atrevido á preguntarle si me amaba: nunca lo habría sabido. ¡Oh, cuánto se lo agradezco á V.!

Mi tío Lázaro estaba avergonzado. Veía que acababa de cometer una indiscreción. No pensaba que aquella mañana había tenido mi primer encuentro con la joven, y he aquí que me daba seguridades cuando yo no me atrevía ni á soñar con esperanzas. Callaba ahora; yo era quien hablaba con volubilidad.

—Todo lo comprendo (continué). Tiene V. razón; es preciso que trabaje ahora para hacerme digno de Babet. Verá V. qué ánimos tengo.. ¡Ah, qué bueno es V., tío Lázaro, y qué bien habla! Entiendo el lenguaje de la primavera, y quiero tambien que mi estío

sea lozano, mi otoño fecundo. Es este un buen sitio: se ve todo el valle; soy joven como él; siento en mí la juventud que pide cumplir su misión.

Mi tío me detuvo.

—Está bien, Juan (me dijo); durante mucho tiempo he creído poder hacer de ti un sacerdote; sólo por esto había querido enseñarte toda mi ciencia. Pero lo que he visto hoy á la orilla del río me obliga á renunciar definitivamente á mi sueño más querido. Es el cielo quien dispone de nosotros. Amarás á Dios de otra manera.... No puedes quedarte ahora en esta aldea, donde deseo que sólo vuelvas á entrar madurado por la edad y el trabajo. He elegido para ti el oficio de tipógrafo: tu instrucción te será útil; uno de mis amigos, un impresor de Grenoble, te espera el lunes próximo.

Se apoderó de mí honda inquietud.

—¿Y volveré á desposarme con Babet?—pregunté.

Mi tío se sonrió de un modo casi imperceptible, sin responder directamente.

—El resto depende de la voluntad del cielo,—respondió.

—El cielo es V., y tengo fe en su bondad.

¡Oh, tío mío! Haga V. que Babet no me olvide. Voy á trabajar para ella.

Entonces mi tío Lázaro me mostró de nuevo el valle que la luz ardiente y dorada inundaba ya por completo.

—He aquí la esperanza (dijo). No eres un viejo como yo, Juan. Olvida mi sermón. Sé ignorante como el campo. No piensa él en el otoño. Se abandona en absoluto á la alegría de su sonrisa. Trabaja descuidado y animoso. Espera.

Y volvimos al curato, marchando lentamente, pisando la hierba que el sol había secado, conversando con ternura acerca de nuestra próxima separación. El desayuno estaba frío, como lo había presumido; pero esto me importaba poco. Cada vez que miraba á mi tío Lázaro, se me llenaban de lágrimas los ojos; y al recuerdo de Babet, mi corazón latía hasta sofocarme.

No podría decir lo que hice el resto del día. Fuí, según creo, á echarme bajo los sauces, á la orilla del río. Mi tío tenía razón. La tierra trabajaba. Aplicando el oído al césped, me parecía oir un ruido continuo. Entonces me sumí en profundas reflexiones. Pasé allí el día, hundido en la hierba, soñando una existencia de paz y trabajo entre Babet y mi tío Lázaro. La juventud enérgica de la tierra había penetrado en mi pecho, que apoyaba fuertemente contra la madre común, y me imaginaba á veces ser uno de los sauces vigorosos que crecían á mi lado. Aquella tarde no pude comer. Mi tío comprendió sin duda los pensamientos que me abrumaban, porque fingió no observar mi falta de apetito. Tan luego como me fué permitido levantarme, corrí á respirar el aire libre del

campo. Un viento fresco venía del río, cuyo sordo murmullo sonaba á lo lejos. Caía del cielo suavísima luz. Extendíase el valle como un mar de sombra, sin playas, tranquilo y trasparente. Había en el aire rumores vagos, algo como estremecimientos apasionados, como un continuo batir de alas que pasara sobre mi cabeza. Aromas penetrantes subían con la frescura de la hierba.

Había salido para ver á Babet; sabía que todas la tardes iba al curato, y fuí á emboscarme detrás de un seto. Había perdido mi timidez, puesto que me amaba. Encontraba muy natural el esperarla allí y anunciarle mi partida.

La noche estaba clara, y al ver su traje, me adelanté en silencio. Después en voz baja:

—Babet (murmeré), Babet, aquí estoy.

Al principio no me reconoció, y retrocedió con miedo. Luego, al fijarse en mí, pareció todavia más asustada, cosa de que me asombré profundamente.

—¿Es V., señor Juan? (me dijo.) ¿Qué hace usted aquí? ¿Qué quiere V.?

Estaba á su lado; la cogí la mano.

—V. me ama ¿no es cierto?

—¡Yo! ¿Quién se lo ha dicho á V.?

—Mi tío Lázaro.

Se quedó aterrada. Su mano temblaba en la mia. Como intentara escaparse, la cogí la otra. Estábamos frente á frente en una especie de hueco que formaba el seto, y sentía el hálito anhelante de Babet, que me abrasaba el rostro. La frescura, el silencio palpitante de la noche, nos cercaban por todas partes.

—Yo no sé (balbuceó la joven); yo nunca he dicho eso... El señor cura ha entendido mal.... ¡Por favor, déjeme V., que tengo prisa!

—No, no (repliqué); quiero que sepa V. que me voy mañana; quiero que me prometa V. amarme siempre.

—¡Que parte V, mañana!

¡Oh dulce exclamación, y cuánta ternura había en ella. Me parece oir aún aquella voz alarmada, llena de desolación y de amor.

—Ya ve V. (exclamé á mi vez), que mi tío Lázaro ha dicho la verdad. Por otra parte, él jamás miente. V. me ama, V. me ama, Babet; sus labios de V. se lo han dicho esta mañana muy bajito á mis dedos.

E hice que se sentara al pie del seto. Mis recuerdos me han conservado mi primera conversación de amor en su religiosa inocencia. Babet me oyó como una hermana menor. No tenía ya miedo. Me confió la historia de su amor. Y hubo juramentos solemnes, confesiones ingenuas, proyectos sin fin. Juró no casarse con nadie más que conmigo; juré, por mi parte, merecer su mano á fuerza de abnegación y de ternura. Detrás del seto, un grillo acompañaba nuestras palabras con su canto de esperanza; y el

valle todo, cuchicheando en la sombra, se gozaba en oirnos conversar tan dulcemente.

Nos separamos, olvidándonos de abrazarnos.

Cuando volví á entrar en mi cuartito, me pareció que le había dejado hacía un año por lo menos. Me representaba esta jornada, tan corta como eterna, por la felicidad que me traía. Era la primera jornada de mi vida, la más tibia, la más perfumada de todas, aquella cuyo recuerdo vibra aún en mi alma, como la voz distante y conmovida de mi estación primaveral.

.....

.....

II

Estío.

Aquel día, al despertarme, á eso de las tres de la mañana, me encontré tendido en la dura tierra, abrumado de cansancio, con el rostro cubierto de sudor. Una noche de Julio, ardiente y fatigosa, pesaba sobre mi pecho.

Alrededor se entregaban mis compañeros al sueño envueltos en sus capotes; semejaban manchas negras sobre la tierra gris; la obscura planicie palpi-

taba; me parecía oir la fuerte respiración de una multitud dormida. Rumores perdidos, relinchos de caballos, choques de armas, se elevaban en medio del silencio solemne de la noche.

El ejército había hecho alto á las doce, y recibido orden de acostarse y de dormir. Llevábamos tres días de marcha, abrasados por el sol, ciegos con el polvo. El enemigo estaba al fin ante nosotros, allá abajo, en los collados del horizonte. Al amanecer, debía librarse una batalla decisiva.

El cansancio me había anonadado.

Por espacio de tres horas había yacido en profundo letargo, sin respirar ni soñar. El exceso mismo de la fatiga acababa de despertarme. Ahora, tendido boca arriba, con los ojos extraordinariamente abiertos, pensaba, mirando la obscuridad, en la batalla, en la matanza que no tardaría en alumbrar el sol. Desde hacía seis años, al primer disparo que sonaba en cada combate, me despedía de mis más caras afecciones, de Babet, de mi tío Lázaro Y he aquí que, cuando apenas me quedaba un mes para cumplir, tenía que volver á decirles adios, y ahora ¡tal vez para siempre!

Después, mis pensamientos fueron más risueños. Con los ojos cerrados, vi á Babet y á mi tío Lázaro: ¡cuánto tiempo hacía que no los abrazaba! Me acordaba del día de nuestra separación; mi tío lloraba porque era pobre, porque no podía redimirme; y